

Salir del laberinto. Reflexiones sobre la situación política actual
(2012)

Enrique González Rojo Arthur

Reflexión # 1

Estado de derecho=síntesis de lo Legal y lo legítimo

Se ha hablado de dos modalidades de democracia: la democracia electoral y la democracia participativa. Ni una ni otra se han cumplido. Hablaré aquí por lo pronto sólo de la primera.

Para que la democracia electoral se realizara tendría que existir un verdadero Estado de derecho, es decir, un régimen en que, respecto a la pugna electoral, la legalidad no se divorciara de la legitimidad. Si la legalidad (forma jurídica) es legítima (contenido democrático o ausencia de defraudación) se perfila un Estado de derecho; pero si la “legalidad” es ilegítima –es decir que es una legalidad entre comillas o una institucionalidad fetichizada y mentirosa- se resquebraja el Estado de derecho y se vislumbra la punta del *ice berg* de la dictadura.

En México, desde el primer fraude moderno neo-liberal –el de De la Madrid para favorecer a Salinas en contra de Cárdenas-, el PAN puso en circulación la dicotomía entre lo legal y lo legítimo, y algunos de sus más señalados portavoces –como Fernández de Cevallos- decían que el gobierno de Salinas, que era legal pero ilegítimo, debía legitimarse en y por sus acciones. Esta tesis sirvió de base o pretexto para aliarse con Salinas y dar a luz en lo oscurito al PRIAN.

En realidad, la legalidad ilegítima está incapacitada para legitimarse porque nace con el estigma del fraude, la burla y la usurpación, y lo que no se llevó a cabo en su génesis, o sea la objetivación del Estado de derecho, no se puede obtener por una vía diferente a la de la síntesis obligatoria, a partir de los comicios, entre la legalidad y la legitimidad. Las acciones de un gobierno "legal" pero ilegítimo pueden ser más o menos buenas o malas –me parece que en general predominarán las segundas- pero no son producto de una representación democrática real, sino de un gobierno que ha llegado fraudulentamente al poder y actúa discrecionalmente.

Un claro ejemplo de la disociación entre legalidad y legitimidad tuvo lugar tras el fraude de 2006 y durante el sexenio de Calderón. Esta dicotomía –la "legalidad" en el gobierno y la *legitimidad* en la oposición- trajo dos consecuencias muy visibles: a) la ausencia sexenal del Estado de derecho y b) el intento gubernamental de "legitimarse" por medio de acciones políticas *post festum*. La famosa confesión del panista del "haiga sido como haiga sido" implica la clara conciencia de que, dada la evidente defraudación comicial, el presidente "legal" iniciaba su gestión sin el apoyo efectivo de una parte fundamental de la sociedad mexicana. Su intención fue, entonces, legitimarse. Y a ello responde, en lo esencial, la nefasta guerra contra el narcotráfico que tantas vidas ha costado y de la que hablaré en otra ocasión.

¿Qué significado tendría que, a partir de septiembre de 2012, una vez más se defraudara al pueblo de México y que tuviésemos como primer mandatario a un Peña Nieto "legal" pero ilegítimo, como lo es Calderón? Sería un agravio mayúsculo e inaceptable. Por eso hemos de oponernos con todas nuestras fuerzas, aunque de manera pacífica, a que esta tropelía llegue a realizarse, y, en el caso de que eso suceda, continuar la lucha contra un gobierno que irrumpe de la ignominiosa ruptura del Estado de derecho.

Reflexión #2

El reciente fraude electoral –que es una nueva versión corregida y aumentada del de 2006- ha llevado a muchas personas a cuestionar en diferentes niveles la lucha electoral presentada por el Estado y los partidos políticos como un sólido ejercicio de democracia representativa.

En nuestro país, siempre ha habido una izquierda antielectoral que combate denodadamente las ilusiones de que las urnas constituyen el medio adecuado para lograr una transformación positiva de la sociedad mexicana; pero, con la salvedad del EZLN y algunas agrupaciones identificadas con el marxismo revolucionario, ha estado confinada a pequeños grupúsculos o microorganismos sin verdadera influencia social. Ahora, frente al nuevo fraude electoral y el impactante aniquilamiento de las esperanzas de cambio que animaran a millones de personas, el sentimiento antielectoral abarca a muchísimos individuos.

La forma de enjuiciar a los procesos electorales en general y al reciente en particular no es, desde luego, homogénea ni hay un rechazo unánime de la vía electoral. Todavía hay quienes creen que el fraude es una disfunción, un defecto, una enfermedad, más o menos grave, que hay que someter a una severa curación: algo que se puede corregir mediante la presión social que obligará a los poderosos y sus instituciones a escuchar y tomar en cuenta las demandas populares. Estoy convencido, sin embargo, que este planteamiento es ilusorio y forma parte de las innumerables “utopías burguesas” que creen que en el capitalismo puede llegar a implantarse una democracia plena, transparente, inobjetable y que obture además toda tendencia a la involución.

Pero hay una crítica a la práctica electoral más profunda. Según ésta, dicho proceso no es sino la forma idónea, estructural, confeccionada a modo, que tienen el Estado y la burguesía dominante para reproducir su poder y consolidar su existencia. El mecanismo electoral está confeccionado de tal manera que no pone obstáculos para que una fracción burguesa sustituya a otra –en EU los demócratas remplazan a los republicanos o viceversa-; pero pone un *hasta aquí* tajante e infranqueable a un cambio radical verdadero. En México la maquinaria comicial está construida de modo tal –con un proceso de defraudación general que rebasa con mucho las trampas *in situ* ocurridas en las casillas- que no sólo se impide cualquier acceso a un régimen que vaya más allá del capitalismo, sino que haya alternancia, no entre el PRI y el PAN (o sea el PRIAN) sino con un régimen de capitalismo civilizado como el que prometió López Obrador.

La diferente caracterización que se hace del papel que el proceso electoral juega en la política mexicana actual no deja de tener consecuencias. Los primeros críticos de quienes hablé, ya están pensando en luchar par que, por ejemplo, Marcelo Ebrard -¡u otra vez López Obrador!- sea el candidato a la presidencia del 2018, pero ahora sí, nos dicen, cuidándonos del fraude. Los segundos tienen que buscar nuevas formas de lucha. Su práctica no puede enajenarse a lo puramente electoral, porque ello equivale al fracaso de la lucha multitudinaria de las mujeres y los hombres deseosos de un verdadero cambio en nuestro país.

Reflexión #3

AMLO tiene el mérito de haber encabezado y coadyuvado a organizar un movimiento de millones de personas que por dos veces mantuvo la ilusión de desplazar del poder a la derecha neoliberal.

El movimiento chocó con la barrera inexpugnable del fraude electoral (en el sentido amplio del término), o sea con la maquinaria, dizque democrática, diseñada por el poder para perpetuarse. El primer “frentazo” (2006) no fracturó seriamente las esperanzas electorales del pueblo, lo cual sentó las bases para la nueva lucha electoral, que ha conducido, con la ley de bronce de lo predeterminado, al segundo “frentazo” (2012). Me parece que esta nueva frustración, que llueve sobre mojado, ha empezado a generar un sentimiento de desilusión electoral masiva, que no deja de ser interesante.

La nueva situación lleva a interrogarse: ¿cómo escapar del neoliberalismo? O, siendo más radicales, ¿cómo trascender el capitalismo, origen real de todos nuestros males? La respuesta, que inicialmente tiene que ser negativa, parece arrojarnos a una encrucijada. En efecto, ni la lucha electoral ni la lucha armada parecen ser vías de cambio posible. Esta primera contestación al interrogante tal vez produzca dos reacciones ideológicas simultáneas: a) el entusiasmo de los poderosos al imaginarse corroborada su presunción de que el capitalismo (o el régimen neoliberal) es la estación terminal de la historia y que no hay manera de rebasar la formación social en que vivimos. b) el pesimismo y desánimo de buena parte del pueblo agraviado al suponer que toda puerta de salida ha sido clausurada. La afirmación de que ni la lucha electoral ni la lucha armada son hoy por hoy los caminos para un cambio sistémico, tienen algo en común: la tesis que podríamos llamar de la “transformación

fechaada”. La lucha armada supone que al término de una guerra civil triunfe el pueblo y, a partir de ese *punctun saltans*, se elimina lo viejo y se genera lo nuevo. La lucha electoral se imagina que, al llegar a su término las elecciones y calificarse el resultado, se hace a un lado al gobierno anterior y a partir de ese momento se puede construir un nuevo sistema social. Lo que no toman en cuenta esas dos vías, y *que puede ser el camino para salir de la encrucijada*, es el principio dialéctico de que *en el seno de lo viejo se genera lo nuevo*. La revolución de todas las formas de convivencia humana –económicas, sociales, políticas y culturales- no es un proyecto a realizar mañana –el día “cataclísmico” del cambio social- sino un asunto de todos los días, en todas partes y de interés individual (transformación subjetiva) y colectivo (autogestión solidaria). Si y sólo si nos empeñamos en generar lo nuevo dentro de los marcos del mundo obsoleto y criminal en que nos ha tocado vivir, podremos ir, saltando, al otro mundo que es posible.

Estos son los temas que los movimientos #yosoy132, Morena, la Convención Nacional contra la imposición y tantos otros agrupamientos sociales de lucha, deberían empezar a discutir y realizar prácticamente.

Reflexión #4

Se dice por ahí que criticar a los partidos políticos es un deporte nacional. Si esta reticencia, rechazo o repudio ha existido desde hace mucho tiempo, ha adquirido nuevos bríos a raíz del reciente fraude electoral. No son pocos los ciudadanos que se oponen a los partidos –y a la clase política encaramada en sus puestos dirigentes- y creen ver en ellos la causa principal o una de las principales del régimen actual (una antidemocracia-que-se-finge-democrática) en que vivimos y morimos. Este enjuiciamiento ha ido acompañado, con mucha frecuencia, por un franco desden por la política y la beligerante afirmación de un supuesto apoliticismo.

Ahora, al calor de la lucha electoral pervertida, como es habitual, por la defraudación, ha surgido un movimiento, fundamentalmente juvenil, el #yo soy132, que critica a los partidos, guarda distancia con el poder y con el rejuego de la política habitual, pero que, lejos de caer en el mentiroso lodazal del apoliticismo, decide, francamente y sin tapujos, participar en política.

Si la crítica juvenil se lleva a sus últimas consecuencias –nivel al que debe trasladarse- no sólo pone en entredicho el papel de los partidos políticos –como agentes de una democracia representativa chapucera- y de la lucha electoral –que emplea sistemáticamente el fraude y sus mil y una maneras de manifestarse-, sino todo el sistema político (neoliberal) que nos aplasta y asfixia.

Un auténtico espíritu crítico ya no puede confiar en las “reformas a la ley electoral” que sexenio a sexenio se presentan como promesas de cambio, ni en los golpes de pecho y los “ahora sí” de las proclamas de reforma de los partidos políticos.

Pero entonces ¿cómo actuar? De plano, cambiar la forma de hacer política. No me cabe la menor duda de que el movimiento opositor –y en especial los jóvenes- tiene la capacidad de

modificar las reglas del juego. Y puede hacer esto introduciendo en la vida nacional un plexo de prácticas que hablen no sólo de un vuelco de la estrategia política sino de un rescate de la dignidad humana.

Al #yosoy132 me atrevería a decirle que hay que cuidar como la niña de los ojos su organización, lúcida y prometedora, pero incipiente e inexperta, porque todo movimiento que surge espontáneamente, nace, se desarrolla y muere. La única manera de frenar esta tendencia se halla en la autoorganización. Afortunadamente algo han intuido los muchachos y han empezado a adquirir contornos organizativo funcionales y lo han hecho, a mi entender, en el camino correcto. No basta, sin embargo, con lo emprendido y con la lucidez que han manifestado al hacerlo. Hay que ir más al fondo y con una concepción teórico-política más clara. El secreto de ello está en la *autogestión*, cuya formulación más general es la siguiente: hay que organizarse de abajo arriba y de la periferia al centro. Sólo así podrá evitarse el verticalismo autoritario que predomina en el Estado y los partidos políticos.

Reflexión #5

Un amigo estudiante, miembro del #yosoy132, me pregunta: maestro, ¿cómo cree usted que deberíamos organizarnos? He aquí mi respuesta: pienso que ustedes lo están haciendo en la vía adecuada y con el pragmatismo indispensable. Me parece, sin embargo, que este tema y la práctica que se deriva de él amerita una reflexión más profunda y detallada. Dos peligros que amenazan permanentemente a todas las personas que buscan autoorganizarse son el verticalismo de la jerarquización (con jefes y subordinados) y el horizontalismo silvestre (sin jerarquías, pero también sin coherencia o posicionamiento político unificado). A diferencia del centralismo democrático, yo he hablado de una *democracia centralizada* que superaría los dos peligros mencionados y que tendría su “fórmula algebraica” en el *mandar obedeciendo* zapatista. Esta democracia centralizada –que es la forma autogestionaria de organización- supone la existencia de una incipiente red, la cual, deslindándose desde el principio del verticalismo (propio de los partidos políticos y sus “tribus”) y del horizontalismo amorfo, ha de meditar cuidadosamente en cómo han de formarse las unidades de base o células sin partido (*cesinpas*), cómo han vincularse entre ellas y cuál ha de ser la relación que mantengan con el centro. En la terminología empleada por el #yosoy132 se trataría de examinar cómo han de integrarse las asambleas locales, las asambleas regionales o estatales y la Asamblea General Interuniversitaria (AGI). Es importante subrayar que la *forma plenamente estructurada* de funcionar la democracia centralizada (o sea que las asambleas locales elijan a sus asambleas regionales –constituyendo la AGI estatal- y las asambleas regionales o estatales a su AGI nacional) no puede surgir de golpe, de la noche a la mañana, sino que tiene que ser generada y promovida por los elementos conscientes y ya organizados, a partir de la conformación irregular que presenta inicialmente la red, teniendo como finalidad la forma plenamente estructurada de operar que menciono. La relación entre los

representantes y los representados ha de ser una síntesis entre la democracia representativa y la democracia participativa, lo cual implica que el representante o portavoz de una instancia en otra no se separe de sus electores y hasta se contraponga a ellos, sino que esté supervisado permanentemente por éstos, los cuales tienen el derecho y la obligación de removerlos en el momento que sea, o no, de conformidad con el papel que jueguen en la instancia centralizada.

Pero mucho hay que decir todavía de las asambleas locales, comités de base o células sin partido (*cesinpas*), temas que exigen nuevas y más profundas reflexiones.

Reflexión #6

Independientemente de su número y grado de influencia, hay, entre otros, dos grupos sociales en lucha que, en vísperas de la imposición electoral de Peña Nieto, muestran su carácter opositor y combativo: el Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA) y el #yosoy132. Aunque tienen alguna semejanza, son movimientos que presentan muchas diferencias. Destacaré las más visibles.

MORENA nació expresamente con el propósito de combatir en la lisa electoral. Creada por AMLO, surgió, para difundir ideas (contra el entreguismo económico y político), impedir la hegemonía de la derecha neoliberal y especialmente cuidar las urnas a lo largo y a lo ancho del país, ya que una de las causas del fraude de 2006 había sido la ausencia de representantes del PRD –por la razón que sea- en buena parte de las casillas. MORENA apareció –y no ha terminado su etapa gestativa- como resultado de un paciente, encomiable y ejemplar trabajo organizativo de Andrés Manuel. Hay que observar, sin embargo, que se trata de un movimiento (no un partido) que, en general, no se auto-organizó ni emergió de manera espontánea. Aprovechando su poder de convocatoria, AMLO propició la formación, yendo de arriba abajo y del centro a la periferia, y creó un buen número de comités ciudadanos bajo su tutela.

El #yosoy132 irrumpió en la política nacional de manera fundamentalmente espontánea. En realidad todavía se está constituyendo y buscando, no sin tropiezos, su forma idónea de agruparse y operar. En este proceso, si bien ha mostrado una clara tendencia a organizarse de abajo arriba, no ha tenido la misma claridad en hacerlo de la periferia al centro. Esto no me parece demasiado preocupante, ya que no es otra cosa que la forma empírica irregular y provisoria que lleva aún el sello de su nacimiento y que acabará por recomponerse y estructurar en la

forma organizativa autogestionaria de la *democracia centralizada* –que conlleva un implacable sistema de control de los “de arriba” por los de abajo- que implica la relación de instancias: asambleas locales/asambleas regionales o estatales/asamblea general interuniversitaria (AGI).

En conclusión, MORENA, de conformidad con la finalidad electoral con que se creó, se encuentra organizada de modo *heterogestionario* (de *hetero*, otro; *gestión*, administrar), mientras que #yosoy132 tiende de manera un tanto larvaria por ahora, a organizarse en forma autogestionaria (de *auto*, por uno mismo; *gestión*, administrar).

Ambos movimientos tienen en común que de manera muy clara han advenido a la arena de la política nacional con un sólido y nítido deslinde de los partido políticos reconocidos, lo cual es extremadamente importante porque sus integrantes no buscan incorporarse a la clase política del país y caer, tras de hacerse de una diputación, una senaduría, etc., en la enajenación de los de abajo a la política de los de arriba. También tienen en común saberse víctimas del fraude del 2012, cuestionar el papel de la lucha electoral en el país y decidir que hay que continuar luchando. En las próximas *reflexiones*, hablaré de la situación de cada uno de estos movimientos y pondré el acento, voy a adelantarlos, en la necesidad de que los dos cierren filas contra su enemigo común.

Reflexión # 7

Cuando se habla de MORENA, constituida como sociedad civil, se ha convertido en un lugar común interrogarse: dada la imposición del candidato del PRI a la presidencia y fracasada aquella agrupación en sus propósitos (imposibilitar el fraude electoral y llevar a AMLO al triunfo), ¿qué debe hacer y cómo realizarlo? Quiero referirme antes que nada a lo que, a mi entender, no debe hacer.

MORENA, creo, no debe ingresar a ninguno de los partidos políticos “de izquierda”. Algunos opinan –y yo no convengo con ellos- que debe asimilarse al PRD supuestamente para fortalecer el “más importante partido de izquierda” del país, combatir las deformaciones facciosas (chuchistas y bejarinistas) y hacerlo sin perder su fisonomía política y sus deseos de un cambio verdadero. Mi opinión va en contra de este ingreso, al que considero suicida, ya que, de realizarse, significaría abandonar la lucha impugnadora y radical (representada por el lopezobradorismo) contra un gobierno usurpador, entreguista y corrupto. La incorporación de MORENA al PRD significaría, por otro lado, su transformación, queriéndolo o no, en una “tribu” más del PRD que, más pronto que tarde, se vería arrastrada a la lucha interna contra sectores burocráticos marrulleros, oportunistas y muy experimentados, lo cual redundaría en la pérdida o debilitamiento de la finalidad principal de MORENA al reorientar la lucha más contra la élite carrerista del partido de marras que contra el gobierno neoliberal e ilegítimo que está por entronizarse.

Estoy convencido, asimismo, que MORENA no debe pugnar por convertirse en un partido político más. Hacerlo significaría que no ha aprendido nada del enésimo fraude electoral recientemente cometido y del papel antipopular que en la “normalidad democrática” juegan los “partidos de Estado” en el país. Nada sería más penoso que ver a MORENA esforzándose por convencer a las autoridades de que posee el número de afiliados exigido por la ley,

elaborar los documentos básicos obligatorios, solicitar su registro y entrar al pantano del juego electoral donde –sin desconocer el papel positivo de algunos- los más responden a sus propios intereses dejando sistemáticamente de lado las necesidades del pueblo que sufraga. Ya podemos hablar, en efecto, del fraude del 2018. Apenas se instala un gobierno ilegítimo prepara el próximo fraude, ya sea de una continuidad directa (Fox-Calderón) o de una alternancia mendaz (Calderón-Peña Nieto). En relación con esto, cabe reflexionar en que si el PRI hizo fraude estando en el Poder Ejecutivo el PAN –no sin la connivencia de éste- ¿qué podemos esperar de las elecciones futuras, si el presidente de la república es del PRI, el partido que, como ninguno en el universo mundo, se especializa en la defraudación electoral?

MORENA no debe ni ingresar en un partido político ni convertirse en partido político. ¿Qué debe de hacer entonces? Dedicaré mi próxima reflexión a responder a esta pregunta.

Reflexión # 8

Consumatum est. El pasado viernes 31 de agosto, tras de ser debidamente acicalado en los astilleros de la defraudación y con la leguleya complicidad de instituciones de pacotilla (IFE y TEPJF) el barco pirata del PRI –en cuyo estandarte tricolor ondula una calavera en vez del águila- se hace a sus ambicionadas aguas sexenales, ante el profundo e indomable descontento popular, con los vientos de la imposición soplando a su favor y como si nada ocurriese en torno suyo. Ni modos. Ahora es claro como nunca que mucho, casi todo, tiene que cambiar para hacer viable y efectiva la imprescindible resistencia.

En la anterior reflexión hablaba de MORENA y de su necesaria transformación. No cabe duda: MORENA, como otras agrupaciones de lucha, tiene que ser refundada. Refundar significa dar un vuelco organizativo radical, giro que, en este caso, debe tener su epicentro reestructurador en el abandono consciente de la práctica electoral como principio rector, único o absoluto, de lucha. La finalidad de la subversión organizativa que propongo es crear con dicha refundación un *movimiento social* de combate. El esquema organizacional del MORENA refundado me parece que debe ser lo que he llamado la *democracia centralizada* u organización por instancias: comités de base o locales/comités estatales/consejo nacional. Los “centros” generados por esta reconfiguración (los comités estatales elegidos por los comités de base o el consejo nacional electo por los comités estatales) no podrán aislarse y contraponerse a las bases, ya que cada instancia que envía representantes a otra tiene no sólo el derecho sino la obligación de remover, o no, a estos últimos en el momento que sea. La democracia centralizada implica, pues, la formación de “centros” permanentemente supervisados y obligados a mandar obedeciendo.

La refundación de MORENA es indispensable para crear, al lado de otros agrupamientos de resistencia, un sector que luche a nivel

nacional, de manera multilateral y decidida, contra el nuevo gobierno espurio y la política reaccionaria que en lo social, lo económico y lo cultural va a llevar a cabo con previsible necesidad.

Los integrantes de MORENA han de simultanear, pues, dos luchas: la autoorganizativa (que implica la refundación del movimiento) y la social, donde se ha de pugnar contra las “reformas” neoliberales que impulsa el PRIAN (laboral, política, fiscal), defender los recursos energéticos del país en contra de la amenaza y los atracos a la soberanía nacional, luchar por corregir sustancialmente la estrategia gubernamental calderonista de la guerra contra el narcotráfico, causa de la muerte de más de cien mil mexicanos, etc.

Aunque MORENA tiene innegables virtudes en su práctica política y en su concepción de lucha –clara impugnación del neoliberalismo del PRI y del PAN y contundente deslinde de las burocracias partidarias) no se puede dejar de tener en cuenta que es una organización verticalista (heterogestionaria) al frente de la cual se halla AMLO auxiliado por el conjunto de asesores que constituyen su consejo directivo e integrada por una serie de comités, de desarrollo desigual y no siempre efectivos, dispersos en las diferentes entidades federativas.

La refundación de MORENA debe ser obra de ella misma. Para ser eficiente, y responder al momento histórico que vivimos, tiene que autoorganizarse y sentar las bases con ello para autogobernarse y hacer uso de la riqueza política que genera la autonomía.

¿Qué pensarán AMLO y sus asesores de mi propuesta? No lo sé. Pero en mi siguiente reflexión me propongo tratar el tema de la relación que existe hasta hoy entre el tabasqueño y MORENA y la relación que debe existir en el futuro entre el gran político mexicano y el movimiento generado por su dedicación y trabajo ejemplar.

Reflexión # 9

Una de las cualidades que nos permiten reconocer a un gran político es la capacidad de cambio cuando lo exige la innegable mutación de la realidad histórica. Un personaje rígido, incapaz de comprender los requerimientos que trae consigo la nueva coyuntura, pierde eficacia y hasta puede llegar a convertirse en un obstáculo para la lucha que retoma el paso. Algunos creen que López Obrador, con sus antecedentes priístas y perredistas, es un político de perfil autoritario, renuente a oír consejos y dispuesto, en consonancia con sus convicciones, a actuar como le viene en gana y le parece justo. Yo no coincido con este punto de vista. Como afirmaba Justo Sierra refiriéndose a Juárez, podría asentar que López Obrador es inquebrantable, pero no inflexible. Hay muchos indicios que me hacen pensar así.

Las observaciones precedentes me permiten afirmar que la refundación de MORENA se facilitará si, por así decirlo, López Obrador, empujado por la necesidad de cambio, *refunda* el tipo de relación establecida entre él y la agrupación surgida en lo fundamental a partir de su iniciativa. La refundación de MORENA tiene que ser resultado de la autoorganización de sus componentes. Los militantes de este movimiento han de tomar en sus manos las complejas tareas de la reestructuración, no para transformar la asociación en un partido político más o ingresar a uno de los institutos “de izquierda” existentes, sino para conformarse en un grupo social de lucha, organizado de tal manera que se garantice su permanencia y efectividad. La acción política renovada de AMLO debe orientarse, a mi parecer, a transformar su rol de cabeza o dirigente del Movimiento de Regeneración por el de *promotor* o impulsor de la refundación de una asociación que, con la democracia centralizada, adquirirá la forma pertinente para proseguir en la lucha. No es un contrasentido hablar de un promotor de la autoorganización que se propone refundar el movimiento, ya que promover no tiene otro sentido que el de *facilitar* o ayudar

fraternalmente a que se cambie de objetivos políticos (ya que lo electoral dejará de ser el motivo central de la actuación) y de forma organizativa.

Todos hemos sido golpeados por el nuevo fraude electoral y por unas instituciones –como el IFE y el TEPJF- que fingen serlo, hablan con el tramposo lenguaje del formalismo jurídico y creen haber coadyuvado a la realización de un fraude perfecto. La burla a la voluntad popular implícita en las palabras y acciones de las autoridades ha llegado a tales niveles que sería absurdo que continuáramos, impasibles, con las mismas tácticas de lucha del pasado y nos mostráramos renuentes a la búsqueda de nuevas y más eficaces formas de lucha. Si este es el ánimo de millones de personas ¿cómo no ha de ser el sentimiento de Andrés Manuel, quien ha sido el primer agraviado por los delincuentes sociales? Por eso no dudo que a López Obrador –cuyo compromiso social puede ayudar tanto al pueblo de México en esta crítica fase de su historia- le es dable tener la valentía y audacia de asumir el papel de *promotor eficaz de la autogestión organizativa* de MORENA.

Reflexión # 10

Muchas de las personas agraviadas por el sistema político actual y partidarias de la resistencia y el cambio, no han caído en cuenta que, en sentido estricto, democracia auténtica y capitalismo son nociones mutuamente excluyentes. Y ello es así porque muchos de los principios básicos de la democracia y de los derechos humanos, al chocar con los intereses de los señores de las finanzas, los negocios y la comunicación, operan como deseos, promesas o deliberadas expresiones de demagogia. Los perpetuos llamados a acceder a la “verdadera democracia” (rendición de cuentas, transparencia, libertad de palabra y asociación, erradicación del fraude electoral y comicios libres y equitativos, etc., etc.) actúan, en el mejor de los casos, como ilusiones o paraísos artificiales. Constituyen lo que me gustaría llamar la *utopía cotidiana de la ideología burguesa*, ¡una ideología que no se cansa de acusar a los socialistas de utópicos;

La organización social que en las últimas décadas más pronto y más profundamente captó esto fue el EZLN. Por eso no sólo se autodefinió como anticapitalista, sino que –recuérdese “La otra campaña” de 2006- estuvo a favor de boicotear la lucha electoral. Y es que para el “sup” y la dirección del EZLN es claro (como el agua no enturbiada por la desinformación y el engaño) el papel que juegan la lucha electoral y sus instituciones en un país, como México, no sólo capitalista sino dominado por los tentáculos transnacionales del imperialismo. A partir de la nueva defraudación (2012) resulta obvio, para quien no tenga telarañas en los ojos, que las elecciones sexenales e intermedias constituyen la gran farsa, costosísima, para que el poder –en nuestro caso el PRIAN- se reproduzca una y otra vez con el supuesto aval del electorado. Este espectáculo gatopardista –en que se cambia de gobierno, pero se deja inamovible el Estado reaccionario- me lleva a suponer que el régimen neoliberal que nos rige tiene una secretaría secreta e invisible: la *Secretaría de la alquimia electoral*, que empieza a

funcionar desde el día en que toma posesión el nuevo poder ejecutivo.

Reflexión # 11

En 2006 chocaron dos visiones sobre el tema que trato: la de la “izquierda electoral” (AMLO y PRD) que salió triunfante en los hechos (aunque las instituciones amañadas se negaron a aceptarlo) y “La otra campaña” que vio correctamente -¡es imprescindible decirlo!- el significado de las elecciones, pero que no entendió ni fue condescendiente con millones de mexicanos y mexicanas que estaban convencidos de que podía derrotarse así a la derecha. No comprendió que las masas sólo pueden cuestionar y rechazar la lucha electoral si viven la experiencia –y no una sino varias veces- de que han sido víctimas de una defraudación preparada cuidadosamente por el poder.

Resultado de lo anterior fue una memorable contradicción entre los lopezobradoristas y los zapatistas. Los partidarios de AMLO decían a los zapatistas: “ustedes, con sus llamados a no votar, le están haciendo el juego a la derecha”. Y los de “La otra campaña” replicaban: “las elecciones no son la vía para el cambio”.

En 2012 se repitió la discrepancia, aunque el zapatismo guardó silencio y no fue un factor perturbador de la lucha electoral que buscaba llevar a la presidencia a AMLO.

Ahora la contradicción entre las dos posiciones puede aminorarse y, si se hace un buen trabajo al respecto, crear una situación favorable para alguna convergencia, ya que millones de mujeres y hombres están desilusionados de las elecciones. El argumento de los lopezobradoristas de que “La otra campaña” o cualquier tipo de abstención divide a la izquierda, resta votos y sirve a la derecha, es evidente, tras el nuevo atraco electoral, que carece de base.

No han sido los argumentos teóricos los que están definiendo la situación, sino la historia: en nuestro país, sólo llevando la lucha electoral a sus últimas consecuencias (y AMLO lo hizo por dos

veces) se ha podido advertir *masivamente* que lo electoral no es la salida. Hay que cambiar, pues, de estrategia. No hacer lo mismo de siempre o lo que espera el enemigo, congratulándose, que hagamos. En ese sentido hay mucho que aprender de un movimiento que se sitúa deliberadamente, junto con otros (Atenco, etc.), abajo y a la izquierda.

Las limitaciones del EZLN, se nos dice, estriban en su confinamiento al estado de Chiapas y al problema indígena. Punto de vista este que no toma en cuenta que esa regionalización geográfica y temática ha sido forzada. Los intentos del neozapatismo de rebasar el cerco que se les ha tendido, por loables que sean, han fracasado en lo fundamental. Pero no se les puede exigir más de lo que les es dable realizar. La oposición al mal gobierno, la lucha implacable contra el neoliberalismo, la resistencia contra la imposición de Peña Nieta y la tendencia de buena parte del movimiento social a ubicarse abajo y a la izquierda, habrán de lograr seguramente la extensión necesaria de muchos de los principios zapatistas hasta hoy esencialmente regionalizados. En las condiciones actuales no es difícil imaginar que el #yosoy132, MORENA, la Convención contra la Imposición, etc., den con la manera de cerrar filas y emprender una lucha *nacional* contra el gobierno corrupto y reaccionario que nos rige.

Reflexión # 12

Ante la decisión de AMLO de separarse de los partidos que conformaban el Movimiento Progresista, y del PRD en particular, que era su partido, y de su declaración de dedicarse esencialmente a MORENA, organización nacional creada por él en los últimos años, han surgido en esta última dos puntos de vista, acompañados de sendos documentos propositivos, de cómo debería reorganizarse esta agrupación que en la actualidad tiene carácter de asociación civil.

Voy a tratar a continuación de manera separada estos dos temas: ¿qué sucedería si se transformara en partido político y qué si se convirtiera en movimiento?

Si se transformara en partido político, habría que tomar en cuenta tres aspectos:

1) *relación con las instituciones.*

a) El problema del registro. La manera más sencilla de obtenerlo sería fusionarse con alguno de los partidos que integraron el mencionado Movimiento Progresista, y aprovechar su registro, como lo hizo el PRD con el PMS. Pero la unificación de MORENA con ese partido traería, además de graves fricciones entre la cúpula y la base de MORENA con el partido en cuestión, problemas no menores entre la dirigencia de este último partido y su base con el nuevo partido surgido de MORENA:

Otra manera, aunque menos fácil, de solucionar el problema sería luchar por la obtención de un registro propio, que transformara a MORENA de asociación civil que es en partido político. Las dificultades serían grandes, pero no insalvables. Hay que mencionar aquí un peligro real: que las instituciones electorales, amañadas

como están, pusieran dificultades de diversa índole para otorgar el registro. Si se siguiera esta ruta, salta a la vista que la lucha por conseguir el registro absorbería una parte sustancial del esfuerzo colectivo de la agrupación *en detrimento de la energía que necesita canalizarse, por ejemplo, contra las reformas neoliberales que pretenden imponer el PRI y el PAN al pueblo de México*. La consecución del registro no sólo implica la posibilidad legal de contender en las elecciones, sino de recibir la partida presupuestal correspondiente y, con ello, la *conditio* favorable para la corrupción, de lo cual hablaré más adelante.

b) *El papel que el nuevo partido se vería obligado a realizar al tener representantes en el poder legislativo y en los niveles de gobierno de los diferentes estados, tanto en las elecciones intermedias (2015) como en la sexenal (2018).*

Hay un hecho indiscutible: en los asuntos verdaderamente importantes, los dos partidos neoliberales (PRI-PAN) y su representación en las dos cámaras, cerrarán filas. Y aunque la izquierda en su conjunto (en la cual se encontraría el nuevo partido, antes MORENA) votaran en contra de las propuestas reaccionarias, sería sistemáticamente derrotada por la aplanadora de la mayoría.

c) *Reconocimiento de facto de la “legitimidad” del gobierno priísta.*

Pero hay algo más grave. A diferencia de la “izquierda moderna” y chuchista –que confunde lo legal con lo legítimo, al aceptar la calificación del TEPJF de las recientes elecciones y la imposición de EPN el nuevo partido, aunque continuase diciendo no reconocer la legitimidad del candidato del PRI, de hecho la estaría aceptando, ya que, con la mera presencia del lópezobradorismo en las cámaras sancionaría tal cosa, y es que no sólo los votos a favor de una propuesta “legitiman” a la institución, sino también lo hace la votación contraria. La actuación de MORENA como partido entraría en contradicción con la declaración de AMLO, pronunciada en el

Zócalo, de desconocimiento de EPN, por el nuevo fraude cometido, como candidato legítimo al poder ejecutivo de la nación. Si esto ocurriera, la diferencia entre los “moderados” y los “radicales” desaparecería o se reduciría a conformar una endeble diferencia de matiz. Los lópezobradoristas, pese a sus afirmaciones en contra, estarían actuando como chuchistas, amalios o ebrardistas.

d) *El problema del oportunismo.*

Hay un puñado de representantes del pueblo bienintencionados y honestos. Pero el poder y el dinero operan con insospechada astucia y muchos diputados, senadores, asambleístas que eran pobres devienen de golpe acomodados. Antes, si bien les iba, vivían en un departamento, ahora tienen casa; antes, para trasladarse, tenían que tomar el metro o el camión, hoy tienen coche, etc. De repente cambian de status y se convierten en flamantes miembros de la clase política. Y como decía el viejo socialista: el ser social determina la conciencia. A los representantes del poder legislativo, como a los del judicial –y no se diga a los del IFE y del TEPJF- se les compra subrepticamente la conciencia y su actuación, con excepciones que confirman la dolorosa regla a la que aludo, traiciona a sus representados.

2. *La estructura partidaria.*

Todos los partidos políticos, en mayor o menor medida, son verticalistas y heterogestionarios (lo contrario de autogestivos). Sus cúpulas mandan sin obedecer y sus bases obedecen sin mandar. Su regla confirmativa es lo que llamaba el joven Trotsky el *sustituismo*. El Consejo Nacional (o como se llame) reemplaza de hecho a la base de la organización; el Comité Ejecutivo (o como se denomine) suplanta al Consejo Nacional y el dirigente máximo –si lo tiene- sustituye al Comité Ejecutivo y, por consiguiente, al Consejo Nacional y a toda la base. Claro que los partidos políticos no se presentan así, como el Estado burgués se halla lejos de confesar lo

que es y representa. Se disfrazan y maquillan y se muestran como organizaciones donde se respeta y promueve la democracia. Pero si se les conoce desde dentro y no se pierde el espíritu crítico, esa es la manera en que operan y se hallan constituidos. Su forma de ser – verticalista y heterogestionaria- no es el producto de dirigentes mal intencionados o de errores en la concepción organizativa, sino que *es la forma estructural que se produce espontáneamente cuando los individuos se congregan para formar un partido político*. Estructura que tiene su origen en la división del trabajo que la organización hereda de la sociedad en que vive, en la actividad electoral a la que va a dedicarse y que determina su conformación (territorial, etc.) y en la ausencia de una práctica organizativa que desestructure deliberadamente el carácter verticalista del partido. Lo más probable es que si MORENA se convierte en partido político, asuma la forma precedente, y aún diciéndose democrático, acabará por reestructurarse de manera antidemocrática y centralista. Quizás al inicio no haya “tribus” en el nuevo partido y predomine, por lo menos en el ánimo y las declaraciones, un espíritu radical y no chuchista; pero tanto las condiciones objetivas como las partidarias pueden modificar las cosas y acabar por convertir el nuevo partido en otro más de los partidos de la enajenada sociedad en que vivimos.

Reflexión # 13

¿Qué ocurriría si MORENA se convirtiera, no en partido político, sino en movimiento social? Hay quienes creen que mientras la transformación de asociación civil a partido político, conllevaría un cambio tajante, no habría en realidad una conversión significativa si se decidiera mudar la asociación civil en movimiento. El movimiento sería, según este supuesto, una asociación civil (como la que existe) aunque dedicada a otras tareas. Pero independientemente del carácter civil de la organización de marras, no es lo mismo la asociación civil MORENA existente que un movimiento integrado *de manera organizada* para el combate social. Por eso MORENA, si quiere actuar como movimiento social, al igual que si decide convertirse en partido, debe *refundarse*. Pero tomando en cuenta que, como es obvio, no son iguales la refundación como partido a la refundación como movimiento, ¿en qué sentido ha de hacerlo si opta por el segundo caso?

- El movimiento nacido de esta refundación no sería -a diferencia del MORENA existente hasta ahora, y del partido político en que muchos quieren convertirlo- una organización construida *para* intervenir en la lucha electoral. Los partidarios del movimiento sostienen que insistir e insistir en ésta es dejar de tomar en cuenta la política defraudadora que caracteriza al régimen y que se repite incansablemente una y otra vez.
- El problema del registro no existiría y la lucha contra el régimen espurio y sus prácticas antidemocráticas, estaría a la orden del día sin distracciones y entorpecimientos.
- La inconsecuencia de estar convalidando en las cámaras a un gobierno ilegítimo desaparecería.
- La ilusión de acceder al poder a través de las urnas –cuando se oponen a ello, amalgamadas, la fraudulenta utilización de la lucha electoral y la ausencia de un movimiento social con la amplitud y la fuerza necesarias para atar de manos al gobierno- se vendría abajo.

- El movimiento se organizaría para devenir junto con otras agrupaciones, un permanente *grupo de presión* que nunca dejaría de hallarse dispuesto y alerta a combatir las reformas neoliberales y la política reaccionaria y entreguista con que nos amenaza el nuevo gobierno.
- Este movimiento, operando como grupo de presión que actúa enérgica y permanentemente sobre el poder, pero que no lo ejerce ni goza de las prebendas de él derivadas, evitaría los cantos de sirena de la corrupción, una de las peores enfermedades de la sociedad mexicana, como o ha declarado AMLO en múltiples ocasiones.
- Su forma de lucha sería pacífica; pero no dejaría de hacer suyas, de acuerdo con las circunstancias y su capacidad, todas las formas de la desobediencia civil que resulten eficaces y oportunas, incluyendo marchas, mítines, paros, ocupación de sitios estratégicos, volanteos, huelgas parciales y, de ser posible, huelga general. La desobediencia civil pacífica, si es imaginativa y perspicaz, puede ser de una gran efectividad y crear condiciones para un verdadero cambio.
- La refundación de MORENA para convertirla en un movimiento social, y un movimiento de avanzada y autogestionario, requiere que cada colectivo se autoorganice y autogobierne, lo cual significa simplemente que no debe estar a la espera de que alguien externo al grupo venga a decirle cómo hacer ambas cosas y a impulsarlo a realizarlas. La autoorganización y el auto gobierno son la premisa necesaria para autogestionarse, es decir, para llevar a cabo la o las tareas para cuya realización los integrantes del comité han decidido asociarse.
- Consciente de la necesidad de conformar una *red nacional de lucha* contra el mal gobierno y el sistema neoliberal, cada colectivo, en este proceso de reorganización, ha de ceder conscientemente una parte de su libertad, en una suerte de pacto colectivo, para abandonar el atomismo organizativo (propio del autogobierno) e integrar un movimiento social en que la base se centraliza por instancias (lo singular elige a lo particular y lo particular a lo general) controladas férreamente por la democracia. A esta forma organizativa, a la que

se denomina *democracia centralizada*, corresponde el zapatista *mandar obedeciendo*.

- La forma de supervisar los centros directivos (por instancias) es el derecho y la obligación que debe tener cada colectivo de remover a sus representantes, o no, en el momento que sea, esto es, en el instante en que no expresen el pensamiento y los sentimientos de sus electores.
- Volviendo a las células de la red, es importante subrayar que cada comité, además de sus tareas colectivas de lucha, sería utilísimo que también emprendiera tareas grupales de diferente índole que brotaran del interés colectivo de los asociados. Menciono algunas de estas tareas: formación de cooperativas, lucha económica o social, pugna en pro de nuestros indios, cultura, ecología, perspectiva de género, diversidad sexual y muchas otras.

La refundación de MORENA como movimiento nacional de lucha, con estructura ceñida y combatiente, es una garantía para proseguir con el repudio y rechazo a EPN y para no caer en el reconocimiento de facto a su gobierno (al intervenir en las elecciones intermedias o sexenales) y obtener puestos de representación popular. MORENA nació, recuérdese, como reacción contra los partidos. No me cabe la menor duda de que debe continuar por ese camine, enriqueciéndolo con la asunción de una forma novedosa, sólida y ampliamente democrática de lucha.

(continuará)

Si te falta alguna de las *reflexiones* consulta la página web:

<http://www.enriquegonzalezrojo.com/pdf/Reflexionfraude.pdf>